

La unión de la comunidad

Escribo mi historia para que todos conozcan cómo la unión de mi comunidad y de las comunidades transforma la vida de muchas personas.

Mi nombre es Gersaín y soy indígena Nasa. Estoy en décimo grado y vivo en el Resguardo indígena de Jambaló, en el Norte del Cauca. Lo que más me gusta a mí es jugar fútbol y cantar con mi grupo de música en las asambleas de la comunidad. Las asambleas también me gustan mucho, en ellas nos reunimos todos los que vivimos en el territorio para hablar sobre las cosas que nos pasan y lo que podemos hacer para vivir en armonía. Por ejemplo, en una asamblea fue que decidimos construir la cancha de fútbol.

La cancha es grandísima y por todos lados se ven las montañas, a cinco minutos está el río en el que nos bañamos. A la cancha le pusimos Cleo por una profesora a la que queremos mucho, ella ha ayudado a muchos niños y niñas del Resguardo. Ella varias veces tuvo que decirle a los guerrilleros que la cancha era para la comunidad y para nosotros los estudiantes, que no vinieran con motos, comida o plata a prometernos cosas para que nos fuéramos con ellos. De hecho, la profe Cleo fue una de las personas que me salvó.

Me acuerdo que era martes, salí de la escuela y me fui caminando con mis amigos para la casa. Como a medio camino nos estaban esperando unos guerrilleros. Ellos nos dijeron que nos darían plata si les ayudábamos con un trabajo, me acuerdo que repitieron “nosotros siempre pagamos bien”.

Claro, uno de estudiante no tiene plata y pues en la casa también puede servir algo de dinero, así que algunos nos emocionamos. La guerrilla escogió a cinco de los ocho que íbamos caminando. Uno de los guerrilleros nos dijo que teníamos que ir a un lugar específico ese día a las cinco de la tarde y que allá nos recogerían.

Camino a la casa nos fuimos hablando. No niego que me empecé a asustar, pero Chucho, mi amigo, me dijo que no era peligroso porque él sabía de unos muchachos que, a veces, les prestaban el uniforme de la escuela a los guerrilleros y ellos les pagaban plata. Me aseguró que a ninguno de los muchachos se los habían llevado. Jaime, uno de mis amigos, iba por el camino imaginándose lo que haría con la plata. Recuerdo que dijo que le compraría un vestido a su mamá, juguetes a sus

hermanos y para él un celular con cámara. Juan y Jairo no pronunciaron palabra en todo el camino.

Esa tarde me encontré con mis cuatro amigos. A las 5:00 p.m. llegamos y ahí nos estaban esperando los guerrilleros. Nos dijeron que el trabajo era cargar unas cajas hasta otra vereda y luego ayudar en unas tareas.

Cargamos las cajas y seguimos a los guerrilleros. Las cajas pesaban mucho pero ninguno de nosotros sabía que tenían. Nos salimos del camino y en el lugar al que le llaman El Alto nos estaba esperando un grupo de 7 guerrilleros, quienes se unieron a la caminata. Llegamos a un campamento con las cajas y nos dijeron que ya era tarde y que el resto de las tareas las teníamos que hacer por la mañana.

Esa noche me asusté mucho, entre dientes tarareaba una canción que me enseñó mi abuela. Pensaba en mi mamá y en mi casa. A Jairo, a Chucho y a mí nos pusieron a dormir en una carpa con otros guerrilleros. Ni siquiera cruzamos palabra. Al día siguiente nos dijeron que teníamos que partir leña y cargar bultos, luego desayunamos.

Así nos tuvieron tres días trabajando, me asustaba cada vez más y deseaba tanto ver a mi familia. Al cuarto día llegó un guerrillero y nos dijo que lo siguiéramos. Nos llevaron a todos en fila hasta un río, a lo lejos vimos a nuestros papás, a la Guardia Indígena, a los Nej Wexs o autoridades tradicionales, a la profe Cleo y al comandante del campamento. Alcanzamos a escuchar que decían: "¡sin ellos no nos vamos!". Yo no sé qué sentía, pero tenía miedo de que no nos dejaran ir, estaba feliz de saber que mi mamá fue por mí, me sentía arrepentido y triste por haber dicho que sí. ¡Uf! Tantas cosas que sentía.

No escuchaba todo lo que decían, pero el comandante se veía bravo. Yo solo le pedía a la Madre Tierra que les diera fuerza a los guardias. Cuando llegamos al río, el comandante nos dijo: "acá nadie los ha tratado mal, ustedes verán si se van a pasar necesidades". Uno de los guardias nos dijo que debíamos estar unidos como pueblo, mi mamá tenía lágrimas en los ojos. La profe Cleo y una de las Nej Wexs nos preguntó si queríamos irnos para la casa y todos dijimos que sí. Al final nos dejaron ir. Aún no dejo de sentirme feliz cuando recuerdo cómo mi mamá me abrazaba. Luego caminamos hasta la carretera.

Muchos pensarán que mi historia casi no se repite pero esto pasaba muy seguido, solo que gracias a la organización de nuestra comunidad se han podido salvar varios niños. Lo importante de todo esto, es que debemos seguir unidos por el territorio y la gente, porque unidos logramos vivir en armonía.

Mi familia, mi oportunidad de vivir

Me llamo Gabriel y tengo 22 años. Hoy escribo una parte de mi vida. Cuando era niño vivía con mis cuatro hermanos, mi mamita y mi papá. Nuestra casa estaba en los límites entre el Guaviare y el Meta, un paisaje muy bonito y una tierra en la que se cosecha lo que uno siembre. De niño me gustaba nadar en el río y hacer carreras con llantas, que empujábamos con palos.

Yo soy el mayor de los cuatro hijos, así que era el que le ayudaba a mi mamá a cortar la leña cuando salía de la escuela. A veces, también le ayudaba a mi papá a limpiar la yuca y a desyerbar. Todas las mañanas mi mamá nos levantaba a desayunar, aún recuerdo como salía de la cocina el olor a café. Mi mamita era muy consentidora, siempre nos despedía cuando salíamos para la escuela y nos abrazaba cuando regresábamos a la casa.

Uno siempre escucha a los adultos decir que quisieran volver a ser niños porque eran felices. Pero si me preguntan a mí, yo quisiera volver a ser niño, pero no me gustaría repetir cosas tan difíciles como las que tuve que enfrentar de pequeño.

Una tarde, cuando mis amigos y yo estábamos jugando en la cancha del pueblo, unos hombres armados y uniformados fueron a mi casa, entraron y le dispararon a mi mamá y mi papá la llevó al hospital, pero no pudieron salvarla. Recuerdo que tenía 9 años, eso fue un lunes 23 de agosto, a las 4 de la tarde.

Ese día, mis cuatro hermanos menores y yo nos quedamos sin mamá. Como a los dos meses mi papá se fue con su nueva esposa. Así que mi hermana Mireya y yo nos hicimos cargo de la casa. Agradezco a doña Consuelo, la vecina, porque ella nos daba algunas cosas de comer y nos visitaba.

En enero de 2005, me enteré que habían sido los paramilitares los que habían ido a mi casa, los que mataron a mi mamá. Me llené de rabia por todo el dolor que nos habían causado, pero esa gente era muy poderosa y peligrosa para que yo pudiera hacer algo.

Teníamos un tío que era guerrillero, hacía tiempo que no teníamos noticias de él. Una tarde, lo vi llegar en una camioneta con muchos hombres armados y me asusté. Le dije que entrara a la casa, Mireya nos sirvió café con pan y nos sentamos en el solar. Él empezó a decirme que se había enterado de que habían matado a



mi mamá, me dijo que teníamos que vengarla. Me quedé callado. Mi tío me seguía hablando, yo solo pensaba en que tenía mucha rabia y mucho dolor.

Yo no le contestaba a mi tío nada, él empezó a decirme que como ahora yo era el hombre de la casa necesitaba conseguir plata para mantener a mis hermanos. Me dijo que no me preocupara, que él venía a ayudarme, que si me iba con él a la guerrilla empezaría a recibir sueldo. A mí me sonaba la idea, pero entraron Alejandra, Andrés y Dianita, mis otros tres hermanos, y entendí que ellos se quedarían solos, tristes y perdidos si me iba para la guerrilla. Entonces, elegí quedarme con mi familia.

No sé cómo, pero le dije a mi tío: "Me duele mi mamá y me duele haberla perdido, necesitamos dinero, pero una muerte no se soluciona con otra muerte. No me voy a la guerrilla, yo me quedo con mis hermanos". Mi tío se puso furioso, me dijo que era un bruto y que me iba a arrepentir, salió de la casa y se fue.

Pasó el tiempo, los tres chicos siguieron estudiando. Mireya se encargaba de la casa y yo jornaleaba. Cuando Alejandra tenía como 15 años, me contaron en el pueblo que la habían visto hablando con los armados. Me asusté tanto, ¡cómo no! Si ya sabía que a varios muchachos del pueblo les ofrecían cosas como motos, celulares, botas Brahma o plata para que se fueran y a cuántas muchachas las habían enamorado y terminaban en el monte.

Hablé con Alejandra, ella decía que el muchacho era bueno que solo la esperaba a la salida de la escuela, que le llevaba chokolatinas y cartas bonitas. Me asusté tanto, le dije que a muchas muchachas los guerrilleros las enamoraban para convencerlas de entrar al grupo armado. Ella me prometió que terminaría sus estudios, que no se iría con él.

Como al mes, empezaron a decir en el pueblo que a una compañera de escuela de Alejandra se la habían llevado para el monte. No sé como pero mi hermana se enteró por sus compañeros de escuela que ella se había ido a la guerrilla porque estaba enamorada de un guerrillero y que era el mismo que estaba enamorándola.

Fue duro porque Alejandra lloró y nos contó de su compañera que se había ido para el monte, pero nos sentimos familia y felices de estar juntos. Recordé la decisión que había tomado frente a mi tío y me di cuenta que mi familia sí me necesitaba, que entre todos nos necesitamos.

No es que éste sea el final feliz, yo sigo viviendo en el mismo lugar con mis hermanos, viendo a la misma gente y ganándome la vida entre vender boletas y jornalear, pero he aprendido que si tenemos la opción de elegir, debemos apostarle a la vida olvidándonos de rencores, trabajando por nuestra familia y por una vida mejor.

Mis días de escuela, entre acompañar a mi mamá y jugar en el río con mis perritos

Soy Chelita y con este relato empiezo la tarea de escribir mis memorias. La verdad no sé muy bien por dónde empezar y les pido disculpas a las personas que lo lean por los errores que puedan encontrar.

Esta historia empieza cuando yo tenía trece años, cursaba primero de bachillerato y vivía con mi mamá en una finquita en el Meta, cerca de La Macarena. Nuestra finca era muy bonita, habían muchos árboles y flores, teníamos sembrados de yuca y plátano, gallinas, tres cerdos y a Pispirillo y Shaki, mis dos perritos.

Al pensar en esa época, se me hincha el corazón recordando a mi mamá, porque ella fue quien me enseñó a querer la tierra y a trabajarla. Se me viene a la cabeza que cuando llovía nos metíamos en la cocina a tomar aguapanela y por la ventana veíamos cómo iban creciendo las plantas de la huerta. Mi mamá se esforzaba mucho porque yo aprendiera cosas nuevas, a su lado aprendí a hacer arepas y sancocho de amarillo, un pescado que se da mucho acá. Recuerdo que ella siempre me decía que lo bueno del campo era aprender de la naturaleza, entonces yo me sentía feliz entre los árboles y los animales.

En la finca era común ver a los guerrilleros pasar porque acortaban camino para llegar hasta una de las cocinas, esas donde se procesa la coca. Mi mamá siempre me decía que cuando los viera pasar me entrara a la casa, que teníamos que tener cuidado porque la guerrilla siempre necesitaba niños y adolescentes para formarlos en la guerra y hacerse más fuerte y más grande. Me parece escucharla decir que los guerrilleros siempre prometían plata y cosas para engañar a los muchachos para que se unieran a las filas, y ya convencidos pues “pa’l monte y sin remedio.”

Un día mi mamá se fue temprano al pueblo y me quedé con mis perritos, ese día estaba calentando el sol y nos fuimos con Shaki y Pispirillo al río. En la mitad del camino me alcanzó un muchacho en una moto, él paró y me saludó. La verdad era muy lindo y muy amable, me dijo que se llamaba Héctor y que le gustaba mi sonrisa.

Un día, a la salida de la escuela Héctor estaba esperándome. Ese día me invitó gaseosa con empanada, me acuerdo que nos reímos mucho y en una servilleta él dibujó un perrito con un corazón y me lo regaló. En la conversación le conté que vivía con mi mamá en nuestra finca, que se llama La Isabelina; también le conté que vivíamos



las dos solas y que era duro mantenerla porque había mucho trabajo. Héctor, por su parte, me contó que él le ayudaba a su familia, que habían pasado momentos de hambre, pero que por fortuna él se había metido a la guerrilla y que ganaba plata para poderle ayudar a sus padres y hermanos. Esos días los pasé pensando en él.

Una semana después Héctor llegó a la casa, me trajo unas flores, me dijo que pensaba mucho en mí y que me fuera con él, que así podríamos estar juntos y que le podría ayudar con plata a mi mamá. Una parte de mí quería irse con Héctor, la otra pensaba en mi mamá, en mis perritos y en mi casa. Le dije que no, salí corriendo y me puse a llorar. Entendí que no quería irme a la guerrilla y pensé que Héctor no sabía en dónde estaba.

Pensé que me había salvado, que se habían olvidado de que yo existía, pero una tarde, mientras preparaba el almuerzo, llegaron varios muchachos a mi casa y me obligaron a irme con ellos. Dijeron que el comandante quería verme, que era solo un momento. Yo no quería, pero me obligaron. De todas maneras estaba tranquila porque me habían prometido que iba a volver. Me subieron en una moto y andamos un buen rato.

Llegamos al campamento y en medio de la gente apareció Héctor. Me llevó a un lado y me explicó que debía calmarme y quedarme, que el comandante no me iba a dejar salir. Yo creí que él me lo decía porque se preocupaba por mí, pero en la primera semana me di cuenta que él iba a conquistar niñas para llevarlas a la guerrilla.

Ese lugar no me gustaba, me sentía sola, estaba muy triste y tenía mucho miedo. Había dejado todas las cosas que me hacían feliz. Estaba brava conmigo misma por no haberle contado a nadie. Ahora nadie sabía dónde estaba. Pero ya no había nada que hacer, de allá nadie se podía ir.

Yo creo que los vecinos le dijeron a mi mamá que me habían llevado porque ella llegó hasta el campamento a buscarme. Pero ese día que ella llegó, me escondieron y después me mandaron a otro sitio lejos de mi casa. Ahí ya no pude hacer nada, si uno trataba de pedir ayuda o si se notaba que uno estaba en desacuerdo con el comandante, lo mandaban a hacer trabajos pesados, a ir a pelear contra el Ejército y hasta podían mandarlo a matar.

En el grupo me tocó ver morir a muchos amigos, recibí castigos y me tocó trabajar muy duro y pasar muchas cosas que aún hoy me siguen doliendo.

Esta es la historia de cómo mis días de escuela, acompañar a mi mamá y jugar en el río con Pispirillo y Shaki se terminaron.

Hoy que regreso a mi casa, a lo que queda de la finca, tan solo espero que mi historia no se repita.